

XIV

A muy poco tiempo no existía en mí más deseo que el de buscarla, es decir, buscar su boca, porque su rostro me habría sido verdaderamente difícil reconocerlo.

Por todas partes buscaba aquella boca que huía: tomaba informes en todas partes, y á poco más hubiera sido capaz de poner carteles y pregonarla á son de clarín.

La buscaba en la alta sociedad, en la clase media, en todas partes, en la calle, en

las tiendas, en el teatro, en las reuniones, en el Bois.

Y no contento con buscar por mí mismo, encargué á varios amigos que buscaran conmigo el objeto perdido.

— Cuando encontréis, les decía yo, en un rostro rodeado de encaje, una boca un poco grande, de labios rojos, salientes, gruesos por abajo y un poco remangado é de arriba, con un poco de vello en su extremidad, una boca apetitosa é incitante hasta lo imposible, hacedme el obsequio de trabar conocimiento con la propietaria, averiguando su nombre y su domicilio, y venid á decírmelo. Tendréis una recompensa decente: comeremos con mujeres en casa de Verdier.

Seducidos por esta promesa y quizá mas aún por mis entusiastas descripciones, mis amigos se pusieron en movimiento después de hacerme algunas observaciones.

— Sería mucho más fácil que la encontrásemos, si nos diéseis algunos informes

de los que están al lado, como se dice en la ruleta. ¿Cómo es la nariz?

— Correcta, es todo cuanto puedo decir. Me es imposible acordarme de su forma, y únicamente sé que tiene las fosas nasales bastante abiertas, muy dilatadas, palpitan-tes. Pero la boca...

— Dejemos á un lado la boca. ¿Cómo son los ojos?

— Azules y grandes.

— De tierno mirar, indudablemente.

— Puede ser, pero no lo sé. En cuanto á la boca...

— ¿Y el cabello?

— Rubio, á no ser que...

— ¿Sea negro?

— No, no. Sólo que como comprend-éis...

— Sí, la boca, ya lo sabemos. Muy poca cosa son estas indicaciones, pero en fin, se hará lo posible. Si se obtiene buen éxito, ¿cuántas mujeres habrá en la comida?

— Las que queráis; vosotros las llevaréis.

— Muy bien. Vamos á revolverlo todo.

Y lo hicieron tan bien que al cabo de una semana me daban las señas de doce bocas que convenían con mis señas.

Fuí á verlas á sitios públicos ó á do-micilio.

No era aquello. Unas eran mucho más pequeñas y otras mucho más grandes, no encontraba la medida exacta que yo había tomado, primeramente con mi vista y des-pués con mis labios. La una era roja, pero de un rojo que únicamente se encuentra en la perfumería; la otra enseñaba unos dien-tes perfectamente alineados, muy limpios, demasiado nacarados, pero en último tér-mino insignificantes y que no decían nada, y la última era una boca austriaca, á lo María Antonieta, que no se parecía á aque-lla más que en la parte inferior : el labio superior no tenía nada de aquel encanto que me había fascinado.

Debo hacer la justicia de confesar que todas eran hermosas en demasia, pero no

tenían animación, les faltaba originalidad y les faltaba carácter.

Para concluir; aquello no era mi boca, mejor dicho la suya: no hay que confundirse. Y en efecto, no hay lugar para hacerlo, puesto que desgraciadamente están muy separadas.

Mis amigos no estaban muy conformes, protestando de mi mala voluntad y de mi mala fe.

Todos pretendían haber ganado mi ofrecimiento, y no hubo más remedio que darles la comida, á la cual llevaron todas aquellas bocas que habían encontrado, las cuales comieron con un apetito feroz como en venganza de mis desdenes. Hacían bien.

A pesar de la repugnancia que sentía en volver á visitar los lugares que habían sido testigos de mi derrota, cedí en obsequio al interés que tenía en mis investigaciones, y fuí á casa de Lareine.

Todo me decía que mi desconocida no había vuelto por allí, y sin embargo quise

tocar este resorte para asegurarme de ello.

Así era, en efecto; Lareine me lo aseguró, y no tenía ningún interés en engañarme: al contrario, manifestó un vivo sentimiento por su equivocación, al suponer que su hermosa pensionista de una hora dominaría las emociones de su primer debut, y volvería á la escena para dar una serie de representaciones que habrían tenido buen éxito.

Para consolarse y consolarme al mismo tiempo, me presentó un verdadero muestrario de extranjeras recién llegadas y parisienses casi nuevas. Pero se parecían tan poco á la que yo buscaba, le eran tan inferiores, que emprendí la marcha precipitadamente para no volver jamás.

Y esto debía suceder: la guardiana del templo cometió un día la imprudencia de enseñarme su ídolo más bello. Quedé desvanecido y le adoré. Pero la diosa, insensible á mi culto o encontrando insuficientes mis ofrendas, rehusaba presentarse de

nuevo. No tenía más remedio que desertar del templo y mirar con desdén á los ídolos que sacrificaba en otro tiempo.

XV

Todo el invierno lo pasé en vanas investigaciones.

Al llegar la primavera, no busqué más, porque cansado renuncié á ello. ¿Era posible pasarme la vida buscando una boca que se ocultaba con tanta habilidad? Lo mejor era confiar en la casualidad que algunas veces me ha protegido.

Pero llegó el verano y perdí por completo la esperanza y la confianza que había tenido.

Sin embargo, debo manifestar que á pesar del mal éxito de mis gestiones, no estaba completamente descorazonado el día en que me decidí á marcharme de París, después de convencerme de que no era posible vivir allí y de ver que todos mis amigos habían emigrado.

¿A qué punto me dirigiría? ¿A dónde iba? ¿A los baños de mar? Trouville y Dieppe me hacían recordar la famosa frase: « No hay asiento, los hoteles están llenos de bote en bote ». ¿A Suiza? Eso está lejos, hace frío y llueve mucho; las camas son pequeñas; los ingleses abundan y las mujeres tienen un encarnado muy subido. Dudaba y vacilaba cuando acerté á mirar unos grandes carteles en que se anunciaba la inauguración del Casino de Luchón.

Conozco esta estación veraniega por haber estado allí muchas veces. Está asentada en un valle encantador, rodeada de verde follaje y bañada por torrentes, lagos y bienhechores manantiales, dominada por

altas montañas de nevada cúspide. Me acordaba de mis paseos á pié por el valle, á caballo por la montaña, en coche por el camino del Portillón y de Pont-du-Roy, esos dos Monte-Carlo en miniatura. Me parecía ver todavía las alamedas d'Etigny, más animadas en ciertas horas que nuestros boulevards, con sus cabalgatas, sus amazonas, sus guías de pintoresco traje, sus restaurants, sus cafés descubiertos y su vida llena de libertad. Es una mansión deliciosa, un maravilloso país en que después de París se encuentran los días demasiado cortos.

Sí, pero en cambio las noches se hacen muy largas. Luchón carece de puntos de reunión. Después del concierto público, no se sabe qué hacer ya á las ocho y media; es necesario volverse al hotel y acostarse. Bien es verdad que un poco más allá, en un recodo de la Alameda d'Etigny existe un establecimiento llamado el Gran-Círculo, muy frecuentado por los banistas y las bañistas, un círculo para hombres y mujeres,

una especie de palomar como nosotros decimos. Pero aunque es muy cierto que yo no desdeño de hacer una partida en mi club en compañía de mis compañeros y de mis amigos, en cambio tengo horror á jugar con extranjeros y sobre todo con extranjeras. Con esto quiero decir que para mí estaba de más el Gran-Círculo y que me veía obligado á acostarme : este recuerdo me hacía un poco reservado respecto de Luchón, á pesar de sus grandes méritos.

El anuncio que acababa de leer me había, con los informes que suministraba, abierto nuevos horizontes. En todas partes se contaban maravillas del nuevo Casino : verdadero palacio, con grandes salas de lectura, conversación, espectáculos, baile y concierto, parque, restaurant de primer orden y fiestas de día y de noche. La mayor parte de mis amigos que habían desertado de este país por las mismas razones que yo, volvían á elegirle de nuevo para pasar una temporada. Me dijeron también

que había muchas señoras de lo más aristocrático y de lo más hermosas que se dignaban poner en moda el Casino, convirtiendo á Luchón en un verdadero paraíso de Mahoma.

Estas últimas indicaciones debían decirme ; en efecto, el 20 de Julio abandoné el infierno parisién para entrar en el paraíso.